

Capítulo 1

Castillo de Kinloch

Las Tierras Altas de Escocia, julio de 1718

El sueño la despertó de un sobresalto unos minutos antes de que comenzara el asedio.

Gwendolen MacEwen se incorporó en la cama, conteniendo el aliento, y dirigió la vista hacia la ventana. *Solo ha sido un sueño*, se dijo mientras se esforzaba en calmar su respiración. Más tarde diría que era una premonición, pero en estos momentos, estaba segura de que era una treta que le había jugado el sueño, provocando este terror en su corazón.

Abandonando toda idea de volver a conciliar el sueño, apartó las mantas, se sentó en el borde de la cama y tomó su bata. Se la puso para protegerse del frío amanecer mientras se levantaba y se dirigía descalza hacia la ventana, atraída hacia los cristales emplomados por el leve destello de luz que asomaba por el horizonte.

Había comenzado un nuevo día. Por fin. Cerró los ojos y rezó en silencio para que su hermano, Murdoch, regresara de sus viajes por el extranjero. Los MacEwen necesitaban a su jefe, y si éste no regresaba pronto y reclamaba lo que era suyo por derecho propio, Gwendolen temía que lo hiciera otra persona, pues corrían rumores de que en el pueblo cundía el malestar. Lo había oído de labios de su doncella, cuya hermana estaba casada con el tabernero. Y después del sueño que acababa de tener...

De pronto sonó el cuerno en el patio del castillo.

Como no estaba acostumbrada a oír ese estruendo mientras sus ocupantes dormían aún, la joven se volvió. *¿Qué diantres...?*

El cuerno sonó una segunda vez. Y una tercera.

Un chispazo de alarma le encendió la sangre, pues conocía el significado de esa señal. Provenía de la azotea, e indicaba peligro.

Echó a correr hacia la puerta, la abrió y subió apresuradamente la escalera de la torre.

—¿Qué ocurre? —preguntó al centinela, el cual se paseaba de un lado a otro bajo el frío matutino. Gwendolen vio las nubecillas de vapor que emitía su trabajosa respiración en el gélido ambiente.

—¡Mire allí, señorita MacEwen!

Ella se alzó de puntillas y se inclinó sobre las almenas, tratando de distinguir las sombras que se movían en el prado a la débil luz matutina. Era un ejército que avanzaba, aproximándose rápidamente desde las lindes del bosque. Algunos soldados iban a pie, otros montados a caballo.

—¿Cuántos hombres son? —preguntó.

—Doscientos como mínimo —contestó el centinela—. Quizá más. Gwendolen se apartó del muro y le observó con expresión seria.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—De cinco minutos a lo sumo.

Ella se volvió y cruzó una mirada con otro miembro del clan, que acababa de salir apresuradamente de la escalera de la torre, empuñando un mosquete. Al verla, el hombre se detuvo aterrizado.

—Han surgido de la nada —explicó—. Estamos perdidos. Huya antes de que sea demasiado tarde, señorita MacEwen.

Indignada, Gwendolen se acercó a él, lo agarró de la camisa con ambas manos y lo zarandeó bruscamente.

—*¡Repita de nuevo esas palabras, señor, y haré que le corten la cabeza!* —Luego se volvió hacia el otro miembro del clan y añadió—: Ve a avisar al administrador.

—Pero...

—*¡Haz lo que te ordeno!*

No tenían un jefe. Su padre había muerto, y el actual señor de la guerra era un borracho que ni siquiera se hallaba en el recinto del castillo, pues desde la muerte del padre de Gwendolen solía pasar las noches en el pueblo. El hermano de ésta aún no había regresado del Continente. Solo contaban con el administrador, Gordon MacEwen, que era un excelente tenedor de libros y contable, pero no era un guerrero.

—¿Está cargada su arma? —preguntó la joven al atribulado miembro de su clan—. ¿Tiene suficiente pólvora?

—Sí.

—¡Entonces apunte su mosquete y defienda las puertas del castillo!

El hombre se apresuró a ocupar su posición, mientras ella se inclinaba sobre las almenas para observar el patio del castillo, donde los hombres de su clan por fin se habían congregado en respuesta a la llamada. Habían encendido antorchas, pero todos gritaban provocando una tremenda algarabía, formulando demasiadas preguntas.

—¡Escuchadme, miembros del clan de los MacEwen! —gritó ella—. ¡Se aproxima un ejército por el este! ¡Pronto nos atacarán! ¡Armaos y apostaos en las almenas!

De repente, en el silencio del momento, cuando todos volvieron la vista hacia ella, Gwendolen se dio cuenta de que aún iba vestida con la bata.

—*¡Eh, tú!* —gritó, señalando a un joven—. ¡Toma una espada! Reúne a todas las mujeres y a los niños. Llévalos a la capilla, atranca la puerta y quédate con ellos hasta que haya terminado la batalla.

El chico asintió con gesto valeroso y se dirigió apresuradamente hacia el arsenal.

—¡Son los MacDonald! —gritó un centinela desde la torre situada en la esquina opuesta. Era Douglas MacEwen, buen amigo y excelente espadachín.

Gwendolen se recogió la falda y echó a correr para reunirse con él.

—¿Estás seguro?

—Sí, mira allí. —Douglas señaló el prado, que relucía bajo la bruma y el rocío de la mañana—. Portan el estandarte de Angus el León.

La joven había oído numerosas historias sobre Angus MacDonald, el hijo renegado del jefe de los MacDonald, caído en el campo de batalla y antiguo señor de Kinloch. No obstante, había sido un traidor jacobita, motivo por el cual el rey había concedido al padre de Gwendolen autorización para atacar a sangre y fuego el castillo y tomarlo en servicio a la Corona.

Se rumoreaba que Angus era el infame Carnicero de las Tierras Altas, un jacobita renegado que se dedicaba a destruir ejércitos ingleses enteros con su legendaria hacha mortal.

Otros decían que no era sino un canalla y un traidor, que había sido desterrado al norte por su padre debido a un misterioso y detestable crimen que había cometido.

En cualquier caso, tenía fama de ser un guerrero cruel e implacable, más rápido y feroz que una bestia espectral en el campo de batalla. Algunos aseguraban incluso que era invencible.

Lo cierto es que era un consumado espadachín, que no mostraba compasión alguna hacia los guerreros ni hacia las mujeres.

—¿Qué diantres es eso? —preguntó Gwendolen, inclinándose hacia delante y achicando los ojos, al tiempo que un nefasto presentimiento hacía presa en ella.

Douglas estiró el cuello para ver con claridad a través de la bruma, y palideció.

—Es una catapulta, y los caballos de los soldados arrastran un ariete.

Al oír el grave y sofocado estruendo del ejército que avanzaba hacia el castillo, la joven sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Toma el mando de la situación aquí hasta que yo vuelva —dijo al miembro del clan—. Es preciso que defiendas las puertas del castillo a toda costa, Douglas.

Él asintió en silencio. Ella le dio una palmada en el brazo para infundirle ánimos y se dirigió apresuradamente hacia la escalera de la

torre. Al cabo de unos segundos, abrió la puerta de su alcoba y entró en ella. Su doncella aguardaba nerviosa junto al lecho.

Gwendolen habló con firmeza.

—Nos están atacando —dijo—. No disponemos de mucho tiempo. Ayuda a reunir a las mujeres y a los niños, diríglos a la capilla y permaneced allí hasta que todo haya terminado.

—¡Sí, señorita MacEwen! —La doncella salió apresuradamente de la habitación.

Después de cerrar la puerta tras ella, Gwendolen se apresuró a quitarse la bata y la dejó caer descuidadamente sobre la alfombra trenzada a mano. Luego corrió hacia el armario ropero en busca de unas prendas que ponerse.

De improviso, en ese preciso momento, sonaron unos violentos golpes en la puerta, como si un animal la embistiera para derribarla.

—¡Gwendolen! ¡Gwendolen! ¿Estás despierta?

La joven se detuvo de golpe. Ojalá estuviera dormida y esto no fuera sino un sueño, una broma pesada. Pero el tono alarmado de su madre disipó esa posibilidad. Se apresuró a abrir la puerta.

—Entra, mamá. Nos están atacando.

—¿Estás segura? —Parecía como si Onora se hubiese esmerado en vestirse para la ocasión. Llevaba su cabello largo y ondulado recogido en un apresurado pero elegante moño, y lucía un flamante vestido nuevo de seda azul y blanco—. He oído el cuerno, pero supuse que era una falsa alarma.

—No lo es. —Gwendolen regresó al armario y se puso una falda sobre la camisa—. En estos momentos los MacDonald están asaltando las puertas del castillo. No disponemos de mucho tiempo. Han traído una catapulta y un ariete.

Onora entró en la habitación y cerró la puerta tras ella.

—¡Qué medieval!

—En efecto. Están liderados por Angus el León. —Gwendolen miró brevemente a su madre con gesto de preocupación, y luego se puso a buscar sus zapatos.

—¿Angus el León? ¿El hijo renegado del jefe de los MacDonald? ¡Qué Dios nos asista! Si triunfa, tú y yo estamos perdidas.

—No digas esas cosas en mi presencia, mamá —replicó Gwendolen—. Aún no han entrado en el castillo. Conseguiremos impedir que lo hagan.

A fin de cuentas, este era el poderoso e imponente Castillo de Kinloch. Sus muros medían casi dos metros de grosor y veinte de altura. Solo un pájaro podía alcanzar las torres y las almenas. Estaban rodeados de agua, protegidos por un puente levadizo y un rastrillo de hierro. ¿Cómo conseguirían los MacDonald asaltar semejante fortaleza?

De pronto la joven sintió añoranza de su hermano. ¿Por qué no estaba aquí? Debió regresar en cuanto se enteró de la muerte de su padre. ¿Por qué había permanecido ausente tanto tiempo, dejándoles aquí sin un líder?

Su madre empezó a pasearse de un lado a otro.

—Siempre le dije a tu padre que debía desterrar a cada miembro de ese clan jacobita cuando reclamó este castillo para los MacEwen, pero no me hizo caso. Insistió en que debía mostrar misericordia y compasión, y ya ves adonde nos ha conducido.

Gwendolen se puso el corsé y su madre le ató los cordones.

—No estoy de acuerdo. Los MacDonald que eligieron quedarse aquí bajo la protección de papá se han portado de forma pacífica y leal hacia nosotros durante dos años. Adoraban a papá. Estoy convencida de que esto no es cosa suya.

—Pero ¿no has oído los inquietantes rumores que corren por el pueblo? ¿Las quejas sobre los alquileres, y ese ridículo debacle sobre la colmena?

—Sí —respondió la joven, recogiendo el pelo en la nuca con una sencilla tira de cuero—. Pero solo protestan unos pocos, y solo porque no tenemos un jefe que resuelva las disputas. Estoy segura de que todo se solucionará cuando regrese Murdoch. Además, los que decidieron quedarse nunca apoyaron la causa jacobita. No desean participar en otra rebelión. Kinloch es ahora una casa hannoveriana.

Se arrodilló y sacó el baúl de debajo de la cama, arrastrándolo sobre el suelo.

—No, supongo que no es cosa suya —dijo Onora—. Son agricultores y campesinos. Esta es la venganza de los guerreros que se negaron a jurar lealtad a tu padre cuando se proclamó señor de este lugar hace dos años. Esto es a lo que nos enfrentamos ahora. Debimos imaginar que regresarían para recuperar lo que era suyo.

Gwendolen abrió el baúl y sacó un pequeño sable, tras lo cual se levantó y se lo sujetó alrededor de la cintura.

—Kinloch ya no les pertenece —recordó a su madre—. Pertenece a los MacEwen por orden del rey. Cualquiera que afirme lo contrario es un traidor contra Inglaterra y vulnera la ley. El rey no dejará que este poderoso bastión escocés caiga en manos de los enemigos jacobitas. No tardaremos en recibir ayuda, estoy segura de ello.

Su madre meneó la cabeza.

—Eres una ingenua, Gwendolen. Nadie acudirá en nuestra ayuda, al menos a tiempo para impedir que ese salvaje rebelde, Angus MacDonald, nos corte el cuello.

—Kinloch no caerá en manos de ellos —insistió Gwendolen—. Lucharemos, y con ayuda de Dios venceremos.

Su madre soltó un respingo de amargura mientras la seguía hacia la puerta.

—¡No seas tonta! ¡Son numéricamente superiores a nosotros y carecemos de un líder! Tendremos que rendirnos e implorarles misericordia. Aunque no creo que sirva de nada. Soy la esposa y tú la hija del miembro del clan que conquistó este castillo y mató a su jefe. ¡Ten por seguro que lo primero que hará el León será vengarse matándonos a nosotras!

Gwendolen no quería seguir escuchando a su madre. Salió rápidamente de la habitación y echó a andar por el pasillo, donde se detuvo para ajustarse el cinturón de su espada.

—Iré al arsenal en busca de un mosquete y pólvora —dijo—. Luego subiré a las almenas para luchar por lo que es nuestro, en nombre

del rey. No permitiré que el mayor logro de nuestro padre muera con él.

—¿Estás loca? —Onora la siguió hacia la escalera—. ¡Eres una mujer! ¡No puedes luchar contra ellos! Debes quedarte aquí, donde estás a salvo. Rezaremos para que no nos maten e idearemos la forma de enfrentarnos a esos repugnantes MacDonald cuando derriben la puerta de tu alcoba.

Gwendolen se detuvo.

—Quédate tú aquí y reza, mamá, pero yo no puedo permanecer cruzada de brazos esperando a que me rebanen el cuello. Si he de morir hoy, sea, pero no me iré de este mundo sin luchar. —Empezó a bajar la escalera de caracol—. Y con suerte, viviré el tiempo suficiente para disparar una bala de mosquete a través del perverso corazón del mismísimo Angus MacDonald. ¡Reza para que lo consiga!

Cuando Gwendolen llegó a las almenas y apuntó contra los invasores que se hallaban sobre el puente levadizo, el ariete rematado por una punta de hierro había empezado a destrozar la recia puerta de roble. La joven sintió que los muros del castillo temblaban bajo sus pies, y tuvo que detenerse unos instantes para asimilar lo que ocurría.

De pronto comprendió la espantosa realidad y se sintió aturrida, como si contemplara un profundo abismo de ruido y confusión. No podía moverse. Los miembros de su clan gritaban malhumorados unos a otros. El humo y el olor a pólvora le abrasaban los pulmones y hacía que le escocieran los ojos. Un guerrero vestido con una falda escocesa dejó caer sus armas junto a ella y se acuclilló junto al muro, presa de un ataque de llanto.

Ella le miró unos momentos como a través de la bruma, sintiendo náuseas y mareo, mientras los disparos de mosquete estallaban a su alrededor.

—¡Levántate! —gritó, inclinándose y agarrándolo del brazo para obligarlo a ponerse en pie—. ¡Recarga tu arma y utilízala para combatir!

El joven miembro del clan la miró unos instantes sin comprender, luego, tras rebuscar torpemente en su bolsa, sacó la pólvora.

Gwendolen se asomó sobre las almenas para mirar hacia abajo. Los MacDonald penetraban en masa a través de la puerta, que estaba hecha añicos, reptando sobre el ariete de madera como insectos. Ella se apresuró a apuntar y disparó contra uno de ellos, pero erró el tiro.

—¡*Al patio!* —gritó, y el sonido de una docena de espadas al ser extraídas de sus vainas espoleó su determinación. Sin que las manos le temblaran, con firmeza de ánimo, recargó su mosquete. Se oían gritos e imprecaciones, hombres que corrían por doquier, dirigiéndose en masa hacia la escalera...

—¡Gwendolen! —gritó Douglas, deteniéndose junto a ella—. ¡No deberías estar aquí! ¡Deja que sean los hombres quienes luchen!

—No, Douglas, estoy dispuesta a luchar y morir por Kinloch si es preciso.

Él la miró con una mezcla de admiración y pesar.

—Al menos lucha desde la azotea, muchacha —dijo suavizando el tono—. El clan no sobrevivirá a tu pérdida.

Su significado no podía ser más claro, y ella comprendió que tenía razón. Era la hija del jefe de los MacEwen. Tenía que seguir viva para negociar los términos de la rendición, suponiendo que las cosas llegaran a ese extremo.

Gwendolen asintió con la cabeza.

—Vete, Douglas. Deja que permanezca aquí mientras cargo de nuevo mi arma. Este es un buen lugar. Haré lo que pueda desde aquí.

Él la besó en la mejilla, le deseó suerte y se dirigió apresuradamente hacia la escalera.

De inmediato se inició en el patio el combate cuerpo a cuerpo. Se organizó una tremenda barahúnda —cerca de cuatrocientos hombres gritando al mismo tiempo—, y el estruendo ensordecedor de acero contra acero retumbaba de forma incesante en los oídos de Gwendolen. Al poco rato tuvo que detenerse, pues los dos clanes se confundían en un cataclismo de gritos y muerte, y ella no podía arriesgarse a disparar contra sus propios hombres.

La campana de la capilla comenzó a tañer, llamando a los lugareños para que acudieran rápidamente y se unieran a la lucha, pero aunque en esos momentos se presentaran todos los hombres sanos y robustos, no habrían sido suficientes para alzarse con la victoria. Estos MacDonald eran unos guerreros rudos y curtidos en infinidad de batallas, armados con lanzas, mosquetes, hachas, arcos y flechas. Se estaban haciendo rápidamente con el control de la situación, y ella no podía hacer nada desde donde se encontraba, pues si bajaba al patio, sería un suicidio, y tenía que sobrevivir para su clan.

De pronto lo vio. Al líder de los MacDonald, Angus el León, combatiendo en el centro de la refriega.

Gwendolen se apresuró a recargar su mosquete y apuntó, pero él se movía con demasiada rapidez. No conseguiría alcanzarle.

Bajó el arma al tiempo que sentía un ardiente nudo de terror en el vientre. No era de extrañar que le llamaran el León. Lucía una espesa melena leonada que le llegaba por debajo de sus poderosos hombros, y rugía cada vez que descargaba un golpe mortal con su espada de doble filo, la cual esgrimía con asombrosa agilidad antes de abatir a un enemigo tras otro.

Gwendolen le miró fascinada, incapaz de apartar la vista de sus musculosos brazos, su pecho y sus piernas, unas piernas recias como troncos de árboles, como el ariete que se hallaba sobre el puente levadizo. Sus movimientos denotaban una simetría y un equilibrio perfecto y letal cuando atacaba y mataba, después de lo cual apartaba los mechones de pelo empapados de sudor que le caían sobre los ojos, se volvía rápidamente y volvía a matar.

El corazón de la joven latía aceleradamente debido a la fascinación y al asombro que sentía. Este hombre era poderoso como una bestia feroz, un soberbio guerrero, magnífico en todos los sentidos, y el mero hecho de verlo pelear, en toda su legendaria gloria, casi la hizo caer de rodillas. El León esquivaba todos los golpes con su sólido escudo negro, y esgrimía su espada de doble filo con una gracia exquisita. Ella jamás había visto a un hombre semejante, ni había imaginado que un ser humano pudiera poseer tal fuerza.

De repente comprendió que su madre había acertado en todas sus predicciones. Era imposible derrotar a este hombre. Estaban perdidos. El castillo caería sin duda en manos de estos invasores, los cuales no mostrarían misericordia alguna. Era inútil confiar en un desenlace distinto.

Gwendolen atravesó la azotea hacia la torre situada en la esquina donde se hallaba su alcoba, y al mirar hacia abajo observó los inútiles esfuerzos de sus hombres por ganar la batalla.

Este había sido un ataque muy fácil para los MacDonald. Seguir contemplándolo era pura agonía, y se sintió avergonzada al cerrar los ojos y volver la cara. Había deseado desesperadamente triunfar sobre estos atacantes, pero jamás, en sus veintiún años, había asistido a una batalla semejante. Había oído historias, como es natural, e imaginaba las funestas consecuencias de la guerra, pero no tenía ni idea de lo violentas y terroríficas que eran.

Al poco rato los gritos de guerra se hicieron menos frecuentes, y solo un puñado de empecinados guerreros seguía luchando hasta la muerte. Otros miembros del clan MacEwen, con unas espadas apuntándoles en el cuello, aceptaron su suerte. Depusieron sus armas y cayeron de rodillas. Los que se rindieron fueron obligados a colocarse en fila junto al muro opuesto.

Gwendolen, que no había dejado de observar al gran León durante la batalla, de pronto se dio cuenta de que éste había desaparecido, esfumándose como un fantasma entre el humo de los mosquetes. El pánico hizo presa en ella, y miró frenéticamente de un extremo al otro del patio del castillo, escudriñando todos los rostros en busca de esos ojos diabólicos y relucientes. ¿Dónde se había metido? ¿Le había abatido alguien? ¿O había entrado en la capilla para matar también a las mujeres y a los niños?

Al fin lo vio a lo lejos, a través de la azotea, en la torre situada en la otra esquina del castillo. Su espada estaba envainada y le colgaba del cinto, y llevaba su escudo sujeto a la espalda. Alzó los brazos, extendiéndolos a los lados, y gritó a los miembros de los clanes que se hallaban en el patio.

—¡Soy Angus Bradach MacDonald! ¡Hijo del jefe MacDonald, legítimo señor del Castillo de Kinloch! —Tenía una voz grave y atrojadora, que retumbó en el pecho de Gwendolen—. ¡Kinloch me pertenece por derecho propio! ¡Por tanto me declaro su jefe y señor!

—¡Kinloch pertenece ahora a los MacEwen! —gritó alguien desde abajo—. ¡En virtud de la autorización para tomarlo a sangre y fuego emitida por el rey Jorge de Gran Bretaña!

—¡Si queréis recuperarlo —rugió Angus, avanzando hasta el borde de la azotea—, empuñad vuestras espadas y pelead conmigo!

Su desafío fue acogido con silencio, hasta que Gwendolen fue presa de un arrebato de cólera tan violento que no pudo reprimirlo.

—¡Escúchame, Angus Bradach MacDonald! —gritó con una furia que brotaba de los recovecos más insondables de su alma—. ¡Soy Gwendolen MacEwen, hija del jefe MacEwen que conquistó este castillo por medios justos y legítimos! ¡Soy la líder de estos hombres, y lucharé contra ti!

No fue hasta ese momento que cayó en la cuenta de que había avanzado hasta el borde de la azotea y había desenvainado su sable, con el que le apuntaba desde la otra torre.

El corazón le latía aceleradamente. Jamás había experimentado una euforia tan intensa. Lamentaba que estuvieran separados por esta distancia. De haber habido un puente tendido entre ambas torres, no habría vacilado en atravesarlo para pelear con él hasta la muerte.

—¡Gwendolen MacEwen! —gritó él en respuesta—. ¡La hija de mi enemigo! ¡Has sido derrotada!

Con esas palabras despachó el reto que ella le había lanzado y se dirigió a los miembros de los clanes que se hallaban en el patio más abajo.

—¡Todos aquellos que hayáis participado en la usurpación de este castillo, y poseáis tierras que no os pertenecen, debéis entregárselas a los miembros del clan a quienes se las arrebatateis!

Gwendolen sintió que la ira la invadía de nuevo, con más ferocidad que antes.

—¡Los MacEwen se niegan! —replicó.

Él apuntó de inmediato su espada hacia ella en un agresivo gesto de advertencia, pero al cabo de unos instantes la bajó y prosiguió como si ella no hubiera pronunciado palabra.

—¡Si ese miembro del clan ha muerto o se halla ausente —declaró—, podéis quedaros, pero debéis serme leales, jurar vuestra lealtad a mi persona como señor de Kinloch!

Se produjo otro largo y tenso silencio, hasta que uno de los hombres tuvo el valor de replicar:

—¿Por qué debemos serle leales? ¡Eres un MacDonald, y nosotros somos los MacEwen!

El León guardó silencio unos momentos. Parecía mirar profundamente a los ojos de cada hombre que se hallaba en el patio más abajo.

—¡Sabed que nuestros dos clanes se unirán! —Apuntó de nuevo con su espada a Gwendolen, que sintió el intenso calor de su mirada como un fuego que invadía su cuerpo—. ¡Pues me propongo reclamar a esta mujer, vuestra intrépida y noble líder, como esposa, y un día nuestro hijo será el señor de Kinloch!

El grupo de guerreros MacDonald estalló en vítores, mientras Gwendolen asimilaba las palabras del León entre asombrada e incrédula. ¿Se proponía reclamarla como su esposa?

No, era imposible.

—¡Esta noche celebraremos una fiesta en el gran salón —rugió el León—, y aceptaré el juramento de lealtad de todos los hombres que deseen permanecer aquí y vivir en paz bajo mi protección!

Unos murmullos de rendición ascendieron por el aire desde el patio y alcanzaron los oídos de Gwendolen, que se había sonrojado hasta la raíz del pelo. Crispó la mandíbula y clavó las uñas en las frías y ásperas piedras de la torre. Esto no podía estar sucediendo. Era imposible. Rogó a Dios que no fuera sino un sueño, del que pronto se despertaría. Pero el cálido sol matutino que sentía en las mejillas le recordó que los sueños de una noche agitada habían dado paso a la realidad, y que el castillo de su padre había sido asaltado y conquis-

tado por un guerrero implacable. Para colmo, había decidido hacerla su esposa y obligarla a darle hijos. ¿Qué podía hacer ella?

—¡No estoy conforme con esto! —gritó. El León ladeó la cabeza y la miró con curiosidad, como si ella fuera una criatura sobrenatural que jamás había visto—. ¡Deseo negociar los términos de nuestra rendición!

Gwendolen sintió que su cuerpo no dejaba de temblar mientras esperaba la respuesta del León. Quizás enviara a uno de sus hombres para que la decapitara en presencia de todo el mundo, como ejemplo para quienes tuvieran la osadía, o cometieran la imprudencia, de resistirse. Parecía más que dispuesto a hacerlo. Pese a la distancia que les separaba, de una esquina a otra de la azotea, ella sintió las ardientes llamas de su ira.

De pronto ocurrió algo muy curioso. Uno tras otro, todos los guerreros MacEwen que se hallaban en el patio alzaron la vista hacia ella e hincaron una rodilla en el suelo. Todos inclinaron la cabeza en silencio, mientras los MacDonald permanecían de pie, observando ese gesto de respeto con cierta turbación.

Durante largo rato Angus permaneció de pie en la torre norte, en silencio, observando cómo los hombres le lanzaban ese inesperado desafío. En el castillo se impuso una creciente y brutal tensión, y Gwendolen temió que todos murieran asesinados.

Por fin, el León volvió la vista hacia ella.

Gwendolen alzó el mentón, pero el feroz desprecio que él manifestaba hacia ella le atenazaba la garganta, impidiéndole respirar con normalidad.

Al fin el León habló con serena y grave autoridad.

—Gwendolen MacEwen, escucharé tus condiciones en el gran salón.

Temerosa de no ser capaz de articular palabra, ella asintió con la cabeza y envainó su sable. Luego se encaminó con gesto orgulloso hacia la escalera de la torre, mientras sus piernas, ocultas por las faldas, temblaban de forma incontrolada y sus rodillas amenazaban con doblarse.

Cielo santo...

Sentía náuseas y estaba mareada.

Inclinándose hacia delante y apoyando la palma de la mano en las frías piedras, cerró los ojos y se preguntó cómo conseguiría negociar con este guerrero, que había derrotado a su clan en una brutal y encarnizada batalla y ahora la reclamaba como si le perteneciera. Gwendolen no tenía absolutamente nada con que negociar. Pero quizá se les ocurriera algo a su madre y a ella, algún otro medio de resolver la situación, al menos hasta que regresara su hermano.

Ojalá Murdoch estuviera aquí...

Pero no, era inútil desear lo imposible. Su hermano no estaba aquí, y ella tenía que valerse por sí misma. Tenía que ser fuerte y proteger a su gente.

Les dirigió una última mirada. Angus el León había abandonado la azotea para regresar junto a sus hombres. Mientras impartía órdenes se paseaba entre los muertos y los heridos, sin duda calibrando la magnitud de su triunfo.

Una ligera brisa agitaba su espesa cabellera dorada, que relucía a la luz matutina. Su falda escocesa se movía alrededor de sus musculosas piernas, al tiempo que él ajustaba la correa de cuero que sujetaba el escudo que llevaba a la espalda.

De pronto alzó la vista y vio que ella le observaba. La miró a la cara, sin apartar la vista.

Gwendolen contuvo el aliento. Las rodillas apenas la sostenían, y sentía un extraño aleteo en el estómago. Ignoraba si se debía al temor o a la fascinación. Sea como fuere, no auguraba nada bueno en sus futuras negociaciones con él.

Nerviosa y temblando, se apartó del muro y bajó apresuradamente la escalera de la torre.